

Enrique abrió cautelosamente la puerta de la biblioteca. Se pobló la atmósfera de olor a papel viejo, y a la luz de la linterna vimos huir una araña por el piso encerado. Altas estanterías barnizadas de rojo tocaban el cielo raso, y la cónica rueda de luz se movía en las oscuras librerías, iluminando estantes cargados de libros. Majestuosas vitrinas añadían un decoro severo a lo sombrío, y tras de los cristales, en los lomos de cuero, de tela y de pasta, relucían las guardas arabescas y títulos dorados de los tejuelos. Irzubeta se aproximó a los cristales. Al soslayo le iluminaba la claridad refleja y como un bajorrelieve era su perfil de mejilla rechupada, con la pupila inmóvil y el cabello negro redondeando armoniosamente el cráneo hasta perderse en declive en los tendones de la nuca.

Al volver a mí sus ojos, dijo sonriendo: —¿Sabés que hay buenos libros?

—Sí, y de fácil venta.

—¿Cuánto hará que estamos?

—Más o menos media hora.

Me senté en el ángulo de un escritorio distante pocos pasos de la puerta, en el centro de la biblioteca, y Enrique me imitó. Estábamos fatigados. El silencio del salón oscuro penetraba nuestros espíritus, desplegándolos para los grandes espacios de recuerdo e inquietud.

—Decíme, ¿por qué rompiste con Eleonora?

—Qué sé yo. ¿Te acordás? Me regalaba flores. —¿Y?

—Después me escribió unas cartas. Cosa rara. Cuando dos se quieren parece adivinarse el pensamiento. Una tarde de domingo salió a dar vuelta a la cuadra. No sé por qué yo hice lo mismo, pero en dirección contraria y cuando nos encontramos, sin mirarme alargó el brazo y me dio una carta. Tenía un vestido rosa té, y me acuerdo que muchos pájaros cantaban en lo verde.

—¿Qué te decía?

—Cosas tan sencillas. Que esperara... ¿te das cuenta? Que esperara a ser más grande.

—Discreta.

—¡Y qué seriedad, che Enrique! Si vos supieras. Yo estaba allí, contra el fierro de la verja. Anocheecía. Ella callaba... a momentos me miraba de una forma... y yo sentía ganas de llorar... y no nos decíamos nada... ¿qué nos íbamos a decir?

—Así es la vida —dijo Enrique—, pero vamos a ver los libros. ¿Y el Lucio ése? A veces me da rabia. ¡Qué tipo vago!

—¿Dónde estarán las llaves?

—Seguramente en el cajón de la mesa.

Registramos el escritorio, y en una caja de plumas las hallamos. Rechinó una cerradura y comenzamos a investigar. Sacando los volúmenes los hojeábamos, y Enrique que era algo sabedor de precios decía:

—“No vale nada”, o “vale”.

—*Las Montañas del Oro*<sup>1</sup>.

—Es un libro agotado. Diez pesos te lo dan en cualquier parte.

—*Evolución de la Materia*, de Lebón. Tiene fotografías.

—Me la reservo para mí —dijo Enrique.

—Rouquete. *Química Orgánica e Inorgánica*.

—Ponélo acá con los otros.

—*Cálculo Infinitesimal*.

—Eso es matemática superior. Debe ser caro. —¿Y esto?

—¿Cómo se llama?

—Charles Baudelaire. Su vida.

—A ver, alcanzá.

—Parece una biografía. No vale nada.

Al azar yo entreabría el volumen.

—Son versos.

—¿Qué dicen?

Leí en voz alta:

*Yo te adoro al igual de la bóveda nocturna*

---

<sup>1</sup> Primer libro (1897) de Leopoldo Lugones, escritor de referencia en la Argentina de los años 20.

*¡oh!, vaso de tristezas, ¡oh!, blanca taciturna,  
Eleonora —pensé—. Eleonora.  
y vamos a los asaltos, vamos,  
como frente a un cadáver, un coro de gitanos<sup>1</sup>*

Che, ¿sabés que esto es hermosísimo? Me lo llevo para casa.

Roberto Arlt (Argentina), *El juguete rabioso*, 1926

---

<sup>1</sup> Traduction de : Je t'adore à l'égal de la voûte nocturne,  
Ô vase de tristesse, ô grande taciturne, [...]  
Je m'avance à l'attaque, et je grimpe aux assauts,  
Comme après un cadavre un chœur de vermiseaux  
Charles Baudelaire, « Je t'adore à l'égal de la voûte nocturne », *Les Fleurs du mal*, 1857

*Lentamente la luz decrece en el cuchitril hasta convertirse la progresiva oscuridad en tiniebla cimeriana. Se escuchan pasos e insensiblemente una luz inunda la habitación, revelando ahora a la SIRVIENTA sentada a la orilla de su camastro. Pero el cuchitril ha crecido, prolongándose su muro en el puente de un trasatlántico. Claridad anaranjada rueda sobre la nave y la perspectiva plateada y verdegay del océano quimérico. Un MARINERO entra en la zona del puente y sin decir esta boca es mía deposita una hamaca. Luego mira el mar y sale. La SIRVIENTA lentamente se desprende de su ensueño y avanza hacia la pasarela de la nave, poniéndose una mano sobre los ojos a modo de visera para mirar el horizonte. La criada, encogida y triste, se ha transformado en una criatura voluptuosa y elástica que sonríe con delectación al paisaje que la rodea.*

*IMPORTANTE: La SIRVIENTA en el transcurso de toda la obra continúa vistiendo su guardapolvo de menestrala, y los personajes de humo afectarán no darse cuenta de ello.*

*Aparece el GALÁN, personaje de humo. Sobre la mecedora de la SIRVIENTA cae un cilindro de luz blanca, fría y lunar.*

GALÁN (*de pie junto a la mecedora*). Señorita..., señorita...

SIRVIENTA.- ¡Ah! ¿Es usted...?

GALÁN (*lentamente*). —Sí, soy yo... soy yo...

La SIRVIENTA lo mira un instante y luego resuelve seguir el juego de la comedia amorosa.

SIRVIENTA.. —Ah! ¿Es usted..., es usted...?

GALÁN. —¿Me permite decirle que la amo?

SIRVIENTA (*con dulzura irónica*). —¿No podría decírmelo de otra manera?

GALÁN (*sorprendido*). —¿Por qué?

SIRVIENTA, (*siempre con su modito irónico*). —Porque de esa manera se me han declarado varios dependientes de tienda, farmacia y panadería.

GALÁN. —¡Oh, no me compare!... Usted desea que yo sea un escogido.

SIRVIENTA. —Sí... un poco más expresivo.

GALÁN. —¿Quiere que me arrodille?

SIRVIENTA. —¡Oh!... No, es viejo y, además, se le mancharían los pantalones.

GALÁN. —¿Entonces quiere que finja el Galán melancólico?

SIRVIENTA. —¡Hombre, qué duro de entender es usted! Si yo fuera hombre me vendría por detrás de la mecedora y, besándola fuertemente a la muchacha que quisiera, le diría despacito: "Te quiero mucho...mucho..."

GALÁN. —¡Oh! Entonces lo que usted pide es un procedimiento de novela alemana...

SIRVIENTA (*terminante*). —No he leído nunca novelas alemanas. He leído "Rocamble", que es bien largo..., cuarenta tomos..., y nada más... (EL GALÁN *calla y retrocede*; la SIRVIENTA *cierra los ojos y el GALÁN acercándose de puntillas, la toma por los maxilares y la besa en la boca.*)

GALÁN. —Te quiero mucho..., mucho...

SIRVIENTA (*con displicencia*). —No está del todo mal... Yo también, dueño mío. (*Se siente a la distancia el rugido del león arenero.*) ¡El león!...

GALÁN. —Ruge de amor...

SIRVIENTA. —Igual que en el Jardín Zoológico.

GALÁN. —¿Dónde queda eso?

SIRVIENTA. —Allá..., en Buenos Aires... Pero, hablando de todo un poco..., ¿así que usted me ama?

GALÁN. —La amo desde que la vi en el comedor. Y me juré interiormente que si usted me daba su mano la haría mi esposa ante Dios y los hombres.

SIRVIENTA. —¿Por qué no habla de otra manera? Si yo fuera hombre me declararía en otra forma...

GALÁN (*malhumorado*). —¿Puede decirme qué papel hago yo aquí? ¿Soy yo o es usted la que se tiene que declarar?

SIRVIENTA. —¡No se enoje, hombre!... Pero, usted es bastante estúpido como galán. ¿A quién se le ocurre decirle a una mujer: ¡Te amo! Eso se dice en el teatro; en la realidad se procede de otra manera. En la realidad, cuando un hombre desea a una mujer, trata de engañarla. Lo creía más inteligente. A nosotras las mujeres nos gustan los desfachatados...

GALÁN. —Hay que vivir para ver... y creer...

SIRVIENTA. —Sea positivo. Yo soy una mujer positiva como todas las mujeres. Y a las mujeres no les gustan los prólogos en el amor. No, señor Galán, convéznase usted. (*Imperativa.*) Le voy a dar una lección. Siéntese en esa mecedora. (EL GALÁN *se sienta*; la SIRVIENTA *retrocede, luego se acerca y*

*se inclina sobre él.*) Bueno, haga de cuenta que yo soy el hombre y usted la mujer. (*Dice en voz muy dulce.*) Niña... me gustaría estar como un gatito en tu regazo. (*Se inclina bien sobre el hombre.*) Quisiera que me convirtieras en tu esclavo. Quisiera encanallarme por vos... Bueno, ahora haga usted lo que quiera, pero compréndame. (El GALÁN *deja su asiento; lo ocupa la SIRVIENTA.*)

GALÁN. —¿No se da cuenta de que una persona decente no puede hacer eso?

SIRVIENTA. —Si seguimos en ese tren no terminaremos más. Aquí no se trata de pedirle un certificado de buena conducta, sino de que proceda como a mí me gusta. Usted es... Yo tengo trescientos millones...

GALÁN. (*iracundo*) —Esto es imposible.. Usted me echa a perder los efectos.

SIRVIENTA. —Cálmese; le voy a seguir el juego.. (*Haciendo gestos de primera actriz*) ¿Cómo... tú me eres infiel?

GALÁN. —No, no le he correspondido nunca... pero ella me sigue a través de montañas y de mares

SIRVIENTA (*cariñosa*) —Chiquito, cuánta novelería!...

GALÁN. —Es una mujer fatal.

SIRVIENTA —Chiquito..., las mujeres fatales sólo se encuentran en el cine. Nosotros nos casamos y sanseacabó la mujer fatal.

GALÁN. —No tengo dinero para casarme. Además un galán que se casa es ridículo y hace reír a las mujeres a quienes engañó y con quienes no se casó.

SIRVIENTA — Me gustas y te compro. Tengo trescientos millones.

Roberto Arlt, *Trescientos Millones*, Acto Primero, Cuadro Segundo, Escena II, 1932

*Por el fondo entra Marull. Sobre su regazo lleva una caja con la obra completa de Pla<sup>1</sup>.*

MARULL— Sí, ya pueden disimular, ya. Ya pueden disimular. Ya pueden hacer ver que trabajan, ya. A mí me las van a dar... Sí, disimulen, disimulen... (*Tira por el suelo toda la obra completa de Pla que lleva en una caja*). Todo esto ya lo pueden coger y tirarlo directamente a la basura. Esto no tiene ningún valor. ¿Qué querían? ¿Mortificarme con todos estos papelotes, con toda esta bazofia? Pues no lo han conseguido. Para que se enteren. ¿Qué pretendían, ustedes? ¿Ofenderme con la obra de un renegado? Todo esto son kilos de sarcasmo destructivo escritos por un borracho y un grosero. Ya lo pueden destruir.

TRABAJADOR 2—¡Hombre, destruir libros !

MARULL—¡Cállese! Sólo les voy a decir una cosa por si no lo sabían. Una institución tan gloriosa, tan fundamental, tan importante para el país como es « Omium Cultural<sup>2</sup> », no se la nombra ni una sola vez, ni una sol a vez, en los 36000 folios que ha escrito, llenos de plagios y repeticiones. Eso sí, aquí encontrarán todos los anarquistas, borrachos y bohemios de este rincón del Mediterráneo. Y, por supuesto, a mí tampoco me nombra. Y no me nombra porque yo he trabajado abnegadamente por este país. He dado de comer a muchos catalanes y charnegos. De mis bolsillos han salido muchas pesetas para la cultura y la política de este país.

ULRIKE—Ramón, no te excites.

MARULL—¡Cállate! Él, dicen, que ha publicado 45 volúmenes ; yo tengo 48 empresas. Él, dicen que ha escrito 36000 folios ; yo he firmado más de 45000 contratos de trabajo. Por supuesto, a mí tampoco me nombra. Y no me nombra porque yo estoy con los constructores del bienestar y él con los aprovechados. ¡Va, va, va! Quítenme esta porquería de mi vista, que no la puedo soportar. (*Los trabajadores recogen los libros*). Ya lo pueden quemar todo. Ah, y no se preocupen, ya me enteraré quién ha sido el elemento que me ha infiltrado esta bazofia, esta porquería en mi casa. ¡ Quedan advertidos! ¡ Va, brillo, brillo! ¡ Fuera!, ¡fuera!

*Los trabajadores recogen los libros y salen por la derecha. En el suelo ha quedado la « Cruz de Sant Jordi<sup>3</sup> ».*

MARULL—Ulrike, ¿ qué hace mi cruz de Sant Jordi en el suelo?

ULRIKE (*Mientras la recoge del suelo*)— Tú mismo la has tirado cuando estabas drogado por esta química.

MARULL— Pero ¿ qué estás diciendo? ¿qué tonterías dices? Venga, va, trae esto, que es mío. (*Con la medalla en las manos*). Es bien poca cosa. En esta tierra sólo pasan a la posteridad los gandules ilustrados. ¿Qué hora es?

ULRIKE— Son las diez.

MARULL— ¿Las diez? ¿Y aún no tengo los índices de bolsa?

ULRIKE— Ya los tengo aquí preparados, como siempre.

---

<sup>1</sup> Josep Pla (1897-1981) : escritor y periodista catalán. Prosista más importante de la literatura catalana contemporánea.

<sup>2</sup> Institución cultural catalana fundada en 1960 por Lluís Carulla Canals (1904), empresario catalán, para promover la cultura catalana y defender la identidad nacional catalana. Pla censuró la cursilería catalana que se proyectaba a través de este organismo.

<sup>3</sup> Distinción anual otorgada por la Generalitat de Catalunya.

MARULL—¡Pues venga, ya sabes cuál es tu obligación! Canta. Va.

ULRIKE— Ya.

MARULL—Va.

ULRIKE— Telefónica. Sube dos puntos.

MARULL— Ya bajarán.

ULRIKE— BBV. Sube medio.

MARULL— Y aún gracias.

ULRIKE—Argentaria. Baja dos.

MARULL—Ya lo sabía.

ULRIKE—Tabacalera. Sube uno.

MARULL— Vuelo gallináceo.

ULRIKE— Dragados. Se mantiene.

MARULL— Mañana caerá.

ULRIKE— Catalana de gas. Baja medio.

MARULL— Y aún bajarán más.

ULRIKE— Repsol. Sube tres.

MARULL— Nada.

ULRIKE—Danone. Baja tres.

MARULL—¡Bah!

ULRIKE— Construcciones y contratos. Sube cuatro.

MARULL— El crack del 29.

ULRIKE— Pescanova. Sube dos.

MARULL— Nada.

ULRIKE— Gas butano. Baja uno.

*Al oír los resultados bursátiles, Marull se ha ido excitando.*

MARULL [...]— Ahora..., ahora..., las más.

ULRIKE—¿... Tus, qué?

MARULL—¡Mis empresas!

ULRIKE— Ramón, no te las voy a decir hasta que te hayas tranquilizado. Un día te va a dar un infarto.

Albert Boadella, *La increíble historia del Dr Floit y Mr Pla* (1997).

En cierta ocasión, después de discutir con un amigo acerca de la identidad peregrina del arte, Amalfitano le refirió una historia que a él le contaron en Barcelona. La historia versaba sobre un sorche de la División Azul española que combatió en la Segunda Guerra Mundial<sup>1</sup>, en el frente ruso, más concretamente en el Grupo de Ejércitos Norte, en una zona cercana a Novgorod. □ El sorche era un sevillano bajito, delgado como un palillo y de ojos azules que por esas cosas de la vida (no era un Dionisio Ridruejo ni siquiera un Tomás Salvador, y cuando había que saludar a la romana saludaba, pero tampoco era propiamente un fascista o un falangista) fue a parar a Rusia. Allí, sin que sepa quién empezó, alguien le dijo sorche ven para acá o sorche haz esto o lo otro y al sevillano se le quedó en la cabeza la palabra sorche, pero en la parte oscura de la cabeza, y en ese lugar tan grande y desolador con el paso del tiempo y los sustos diarios se transformó en la palabra chantre. No sé cómo ocurrió, supongamos que se activó un mecanismo infantil, un recuerdo feliz que esperaba su oportunidad para volver. □

De modo que el andaluz pensaba sobre sí mismo en los términos y obligaciones de un chantre aunque conscientemente no tenía idea del significado de esta palabra que designa al encargado del coro en algunas catedrales. Pero de alguna manera, y esto es lo notable, a fuerza de pensarse chantre se convirtió en chantre. Durante la terrible navidad del 41 se hizo cargo del coro que cantaba villancicos mientras los rusos machacaban a los del Regimiento 250. En su memoria estos días están llenos de ruido (ruidos secos, constantes) y de una alegría subterránea y un poco fuera de foco. No tardó en probar su cuota de sangre. Una tarde, como al descuido, lo hirieron y durante dos semanas permaneció internado en el Hospital Militar de Riga al cuidado de robustas y sonrientes enfermeras del Reich incrédulas ante el color de sus ojos y de algunas feísimas enfermeras españolas voluntarias, probablemente hermanas, cuñadas o primas lejanas de José Antonio. □

Cuando lo dieron de alta sucedió algo que para el sevillano tendría graves consecuencias: en vez de recibir un billete con el destino correcto le dieron uno que lo llevó a los cuarteles de un batallón de las SS destacado a unos trescientos kilómetros de su regimiento. Allí, rodeado de alemanes, austríacos, letones, lituanos, daneses, noruegos y suecos, todos mucho más altos y fuertes que él, intentó deshacer el equívoco utilizando un alemán rudimentario, pero los SS le dieron largas y mientras se aclaraba el asunto lo pusieron con una escoba a barrer el cuartel y con un cubo de agua y un estropajo a fregar la oblonga y enorme instalación de madera en donde retenían, interrogaban y torturaban a toda clase de prisioneros. Sin resignarse del todo, pero cumpliendo con su nueva tarea a conciencia, el sevillano vio pasar el tiempo desde su nuevo cuartel. Entonces, en el lado oscuro de su cabeza volvió a hacerse legible la palabra sorche. Soy un sorche, se dijo, un recluta bisoño y debo aceptar mi destino. La palabra chantre, poco a poco, desapareció, aunque algunas tardes, bajo un cielo sin límites que lo llenaba de nostalgias sevillanas, resonaba aún por allí, perdida quién sabe dónde. Una vez escuchó cantar a unos soldados alemanes y la recordó, otra vez escuchó cantar a un niño detrás de unas matas y la volvió a recordar, esta vez de forma más precisa, pero cuando dio la vuelta a los arbustos el niño ya no estaba. □

Un buen día ocurrió lo que tenía que ocurrir. El cuartel del batallón de las SS fue asaltado y tomado por un regimiento de caballería ruso, según unos, por un grupo de partisanos, según otros. El combate fue corto y se decantó en seguida en contra de los alemanes. Al cabo de una hora los rusos encontraron al sevillano escondido en el edificio oblongo, vestido con el uniforme de auxiliar de las SS y rodeado de las no tan pretéritas infamias allí cometidas. Como quien dice, con las manos en la masa. No tardó en ser atado a una de las sillas que los SS usaban en los interrogatorios, una de esas sillas con correas en las patas y en los reposos y a todo lo que los rusos preguntaban él respondía en español que no entendía y que allí sólo era un mandado. También intentó decirlo en alemán, pero en este idioma apenas conocía cuatro palabras y los rusos ninguna. Éstos, tras una rápida sesión de bofetadas y patadas, fueron a buscar a uno que sabía alemán y que se dedicaba a interrogar prisioneros en otra de las celdas del edificio oblongo. Antes de que regresaran el sevillano escuchó disparos, supo que estaban matando a algunos de los SS y perdió las esperanzas de salir bien librado que aún tenía; no obstante, cuando los disparos cesaron volvió a aferrarse a la vida con todo su ser. El que sabía alemán le preguntó qué hacía allí, cuál era su función y su grado. El sevillano, en alemán, intentó explicarlo,

---

<sup>1</sup> La División Azul : unidad de voluntarios españoles que formó una división de infantería dentro del ejército de la Alemania nazi.



pero en vano. Los rusos entonces le abrieron la boca y con unas tenazas que los alemanes destinaban para otras partes de la anatomía empezaron a tirar y a apretar su lengua. El dolor que sintió lo hizo lagrimear y dijo, o más bien gritó, la palabra coño. Con las tenazas dentro de la boca el exabrupto español se transformó y salió al espacio convertido en la ululante palabra kunst. □

El ruso que sabía alemán lo miró extrañado. El sevillano gritaba kunst, kunst, y lloraba de dolor. La palabra kunst, en alemán, quiere decir arte y el soldado bilingüe así lo entendió y dijo que aquel hijo de puta era un artista o algo parecido. Los que torturaban al sevillano retiraron la tenaza con un trocito de lengua y esperaron, momentáneamente hipnotizados por el descubrimiento. La palabra arte. Lo que amansa a las fieras. Y así, como fieras amansadas, los rusos se dieron un respiro y esperaron alguna señal mientras el sorche sangraba por la boca y tragaba su sangre mezclada con grandes dosis de saliva y se ahogaba. La palabra coño, metamorfoseada en la palabra arte, le había salvado la vida. Cuando salió del edificio oblongo el sol estaba ocultándose pero le hirió los ojos como si hubiera sido mediodía. □

Se lo llevaron con el resto escaso de prisioneros y poco después otro ruso que sabía español pudo escuchar su historia y el sevillano fue a parar a un campo de prisioneros en Siberia mientras sus accidentales compañeros de iniquidades eran pasados por las armas. En Siberia estuvo hasta bien entrada la década del cincuenta. En 1957 se instaló en Barcelona. A veces abría la boca y contaba sus batallitas con muy buen humor. Otras abría la boca y mostraba a quien quisiera verlo el trozo de lengua que le faltaba. Apenas era perceptible. El sevillano, cuando se lo decían, explicaba que la lengua con los años le había crecido. Amalfitano no lo conoció personalmente, pero cuando le contaron la historia el sevillano todavía vivía en una portería de Barcelona.

Roberto Bolaño (Chile), « Otro cuento ruso », *Llamadas telefónicas*, 1997

“[...]Al otro día Moon había recuperado el aplomo. Aceptó un cigarrillo y me sometió a un severo interrogatorio sobre los “recursos económicos de nuestro partido revolucionario”. Sus preguntas eran muy lúcidas; le dije (con verdad) que la situación era grave. Hondas descargas de fusilería conmovieron el Sur. Le dije a Moon que nos esperaban los compañeros. Mi sobretodo y mi revólver estaban en mi pieza; cuando volví, encontré a Moon tendido en el sofá, con los ojos cerrados. Conjeturó que tenía fiebre; invocó un doloroso espasmo en el hombro. □

Entonces comprendí que su cobardía era irreparable. Le rogué torpemente que se cuidara y me despedí. Me abochornaba ese hombre con miedo, como si yo fuera el cobarde, no Vincent Moon. Lo que hace un hombre es como si lo hicieran todos los hombres. Por eso no es injusto que una desobediencia en un jardín contamine al género humano; por eso no es injusto que la crucifixión de un solo judío baste para salvarlo. Acaso Schopenhauer tiene razón: yo soy los otros, cualquier hombre es todos los hombres, Shakespeare es de algún modo el miserable John Vincent Moon. □

Nueve días pasamos en la enorme casa del general. De las agonías y luces de la guerra no diré nada: mi propósito es referir la historia de esta cicatriz que me afrenta. Esos nueve días, en mi recuerdo, forman un solo día, salvo el penúltimo, cuando los nuestros irrumpieron en un cuartel y pudimos vengar exactamente a los dieciséis camaradas que fueron ametrallados en Elphin. Yo me escurría de la casa hacia el alba, en la confusión del crepúsculo. Al anoecer estaba de vuelta. Mi compañero me esperaba en el primer piso: la herida no le permitía descender a la planta baja. Lo rememoro con algún libro de estrategia en la mano: E N. Maude o Clausewitz. “El arma que prefiero es la artillería”, me confesó una noche. Inquiría nuestros planes; le gustaba censurarlos o reformarlos. También solía denunciar “nuestra deplorable base económica”, profetizaba, dogmático y sombrío, el ruinoso fin. *C'est une affaire flambée* murmuraba. Para mostrar que le era indiferente ser un cobarde físico, magnificaba su soberbia mental. Así pasaron, bien o mal, nueve días. □

El décimo la ciudad cayó definitivamente en poder de los *Black and Tans*. Altos jinetes silenciosos patrullaban las rutas; había cenizas y humo en el viento; en una esquina vi tirado un cadáver, menos tenaz en mi recuerdo que un maniquí en el cual los soldados interminablemente ejercitaban la puntería, en mitad de la plaza... Yo había salido cuando el amanecer estaba en el cielo; antes del mediodía volví. Moon, en la biblioteca, hablaba con alguien; el tono de la voz me hizo comprender que hablaba por teléfono. Después oí mi nombre; después que yo regresaría a las siete, después la indicación de que me arrestaran cuando yo atravesara el jardín. Mi razonable amigo estaba razonablemente vendiéndome. Le oí exigir unas garantías de seguridad personal. □

Aquí mi historia se confunde y se pierde. Sé que perseguí al delator a través de negros corredores de pesadilla y de hondas escaleras de vértigo. Moon conocía la casa muy bien, hartó mejor que yo. Una o dos veces lo perdí. Lo acorralé antes de que los soldados me detuvieran. De una de las panoplias del general arranqué un alfanje; con esa media luna de acero le rubiqué en la cara, para siempre, una media luna de sangre. Borges: a usted que es un desconocido, le he hecho esta confesión. No me duele tanto su menosprecio”. □

Aquí el narrador se detuvo. Noté que le temblaban las manos. □

—¿Y Moon? —le interrogué. □

—Cobró los dineros de Judas y huyó al Brasil. Esa tarde, en la plaza, vio fusilar un maniquí por unos borrachos. □

Aguardé en vano la continuación de la historia. Al fin le dije que prosiguiera. □

Entonces un gemido lo atravesó; entonces me mostró con débil dulzura la corva cicatriz blanquecina. □

—¿Usted no me cree? —balbuceó—. ¿No ve que llevo escrita en la cara la marca de mi infamia? Le he narrado la historia de este modo para que usted la oyera hasta el fin. Yo he denunciado al hombre que me amparó: yo soy Vincent Moon. Ahora desprécieme.

Jorge Luis Borges (Argentina), « La forma de la espada », *Ficciones*, 1944.

Y fue a partir de aquel día cuando el Tostao, el Topo y yo nos hicimos amigos del Nen. Bueno, lo fuimos todo lo que él dejó que nos hiciéramos.

Quedábamos casi todas las tardes en algún terrado de los que el Nen se conocía y allí, con el solete de la primavera y hasta que se hacía de noche, nos bajábamos una botella de whisky, nos fumábamos nuestros canutillos. Al Nen le gustaba mandar y hacía que el Tostao, el Topo y yo nos pusiésemos de pie para cantar y dar palmas y que nos moviéramos todos igual, como los profesionales. Nos enseñaba canciones que él había compuesto y que se parecían como gotas de agua a las que hacía su padre. No es que fueran las mismas, pero tenían así como el mismo estilo, la misma sangre.

Joder, qué bien nos lo pasábamos. ¿Usted se ha puesto a cantar alguna vez en un terrado? Bueno, pues cuando empiezas a calentarte y a olvidarte que estás en un terrado, todo va como por autopista y tú cantas a todo trapo y ves que los demás están contigo y ves también a la gente que se asoma a las ventanas y que, como no tiene nada mejor que hacer, se queda mirándote y dándote oles y bonitos y tú le vas cogiendo la marcha al cuerpo y las horas se te pasan volando allí, entre el sacudir de las sábanas y los trapos de colores, los manteles a cuadros rojos y las toallas azules y los niquis verdes, que te parecen banderines en un día de fiesta, y el vientecillo y el lorenzo<sup>1</sup>, y todo junto hace que te entre una calentura extraña, pero buena.

Cuando empezábamos a ir bastante ciegos por todo lo que nos habíamos tomado, por el cansancio y porque se iba haciendo de noche y la gente se metía para sus queos y encendían las luces y los banderines volvían a ser niquis y toallas y manteles y sábanas, nos sentábamos un rato contra cualquier tapia y el Tostao, el Topo y yo dejábamos que el Nen nos calentase los oídos con todos sus planes. Porque el muchacho estaba seguro de que íbamos a triunfar y que él sería algo así como nuestro coco y el que hiciera las canciones, que todo dependía de un bisnes que se traía entre manos y que, luego, pues eso, a triunfar.

El Tostao, el Topo y yo no le hacíamos mucho caso, porque aunque no somos unas momias del Congo, éramos más viejos que él y, la verdad, sabíamos que del Barrio no nos iba a sacar nadie y, eso también, se lo juro, nos daba igual. Fijo. Nos habíamos vuelto muy perros el Tostao, el Topo y yo, una gandulería especial que te entra con los años y que vas y dices : Si aquí estoy y me puedo pagar mis vicios, qué coño. ¿Entiende ? Pues eso. Pero, no sé, nos hacía ilusión al Tostao, al Topo y a mí que hubiera alguien que todavía tuviera ganas de dar saltos por los terrados y no se quedara parado, coño, no sé si me entiende, que veías al Nen y lo veías como ves una peli, aunque tuviese dos dedos nada más y ya no pudiera tocar una guitarra, que la había tocado como los ángeles, que el tío tenía ganas y era joven, que nos daba al Tostao, al Topo y a mí pena cuando le veíamos tocar la guitarra, que la tocaba el Tostao, y él quería hacer algo especial, algo con más arte, y veías que él lo tenía allí en la cabeza y que no podía decirle al Tostao (que tampoco podía, pero por tonto) lo que quería hacer. Era un artista el Nen. Cabezón, pero un artista. Puta historia.

Francisco Casavella, *El triunfo* (1990).

---

<sup>1</sup> el lorenzo (argot): el sol.

Rugió el motor, rugían los motores y no podías moverte. La histeria del tiempo y el espacio visitaba habitaciones oscuras que eran sueños ya soñados. Histeria del tiempo y a lo mejor abrías los ojos. Estuviste a punto de abrir tus ojos abúlicos en medio de la oscuridad completa ; nada que no fuera la histeria del tiempo y el espacio y el niño que se agacha bajo el sol, traza una circunferencia en la arena, camina unos pasos y traza una nueva circunferencia en la arena. La última circunferencia estaba completa y el principio se unía con el fin.

Tus manos se movieron y palparon la funda de un colchón. Te llevaste las manos al pecho empapado de sudor. Un titánico esfuerzo para levantar las piernas que no eran más que corcho, aire filtrándose por el corcho húmedo de tus pulmones. Un intento de orientación en la oscuridad, en la histeria del tiempo y el espacio. Todo era demasiado injusto y sólo eras un niño.

Llegaste a una pared después de una oleada fría de tiempo y de chocar varias veces con el somier metálico. Papel pintado. Fue allí, las palmas adheridas a la rugosa superficie del papel pintado, cuando tuviste un presentimiento indefinido, pero brusco, asfixiante ; la pura raíz del miedo en la histeria del tiempo y el espacio. « Algo va a ocurrir. Ha ocurrido algo ».

Habrías agradecido un claro de luna, un resquicio de luz. Y se te saltaban las lágrimas, vestido con la pesada chaqueta del presentimiento, cuando las hendiduras en la madera anunciaron la existencia de una puerta. Y tu vida era encontrar el picaporte. Y lo encontraste. La puerta se abrió.

Pasos temerosos en un suelo frío, un suelo casi líquido, no habitado. La penumbra de un pasillo y tú en el fondo. Llegaste al final de ese pasillo, y un nuevo dolor te anunció la presencia de una silla. Un dolor entre mil dolores ; era tu única identidad. Luz reunida y un perfil fugitivo en lo que fue sorpresa para volverse un espejo. Un jarrón cayó al suelo. Unas escaleras.

Llegan sonidos desde todas direcciones. Un enjambre de insectos torturados que provenía de tu interior. Algún recuerdo mientras subías las escaleras, despacio, y entraba en ti la convicción de que estabas solo y llegabas por un camino oscuro a las puertas del presentimiento.

Otro piso. Un pasillo idéntico al que habías dejado, idénticas bocas negras, la misma impresión de abandono. Una puerta te llevó a una terraza y a un jardín. La noche. Una higuera. Habías estado antes en esa casa y la habías juzgado. Era otro tiempo y era otro espacio. Un espacio gemelo como las alas de una polilla. Histeria del tiempo y el espacio.

La calle degradada mantenía un hierático desorden que es indiferencia ante los muertos. Alguna vez te habían enseñado a correr. Existía un movimiento de brazos, una coordinación de extremidades superiores e inferiores. Superiores. Inferiores. Superiores. Inferiores. Y el Paralelo se te ofrecía como el escenario de los últimos sueños de la noche.

- ¿ Tenéis hora ? Que si tenéis hora. ¿ Sábeis qué día es?
- Al loro con el tío nota...

Eran meros comparsas en el tiempo y el espacio. Una casa vacía. La casa que alguna vez visitaste con él. La casa de un gordo llamado Orozco. Te habían encerrado en esa casa y no recordabas nada. Las sombras luchaban en la pequeña plaza inferior frente a una discoteca. Gritos, gritos, golpes. Corrían los coches. Un amanecer como café de recuelo. Café malo. « He ganado o he perdido ». Como aquí y ahora. Aquí también pasan coches.

Explicaciones. Cien explicaciones. Difícil. No podías hacer otra cosa que dar explicaciones ante las caras que pasaban ante ti. Cruzas la calle con miedo. Veinte metros que separaban un espacio de otro. Histeria del tiempo y el espacio.

La ciudad. Ahí estaba. El taxi te dejó frente a tu casa y fuiste a entrar en aquella casa, la casa de las mil explicaciones. No tenías nada. No tenías nada. El taxista había murmurado todo el camino. No sé qué ocurre. Pasos en la grava. La grava conocida. Conocida.

Una llamada. Otra llamada. Era tu casa. El tiempo y el espacio. Se abrió una ventana chirriante que desgajaba el sigilo de la noche.

- ¿Quién es usted ?
- Soy yo, papá. Soy yo, papá. Soy yo, papá.
- Un revuelo de tiempo y de presentimiento en la histeria del tiempo y el espacio. La bocina de un taxista impaciente.
- Soy yo, papá. Soy yo, papá. Ignacio.

Tuviste que dar muchas explicaciones. Pero tendría que pasar la histeria del tiempo y el espacio. Porque sólo hubo una puerta abriéndose, aquella cara de confusión, más que patética, más dolorosa

que todos los colores juntos. Y de aquella cara salían unas manos que tocaban la tuya, unas manos tocándote la cara. Y este diálogo :

- ¡ Ignacio !
- Paga al taxista.
- ¡ Pero Ignacio... ! ¿ Qué ha pasado?
- ¿ Qué ha pasado ?
- ¿ Qué ha pasado ?

Francisco Casavella, *Un enano español se suicida en Las Vegas* (1997).

¿estás cansado, Paco?

sonreía maliciosamente y añadía,

la edad no perdona, Paco, ¿quién te lo iba a decir a ti ?, con lo que tú eras.

y a Paco, el Bajo, le picaba el puntillo y trepaba a los árboles si cabe con mayor presteza que la víspera, aun a riesgo de desnucarse, y amarraba el cimbel en la copa de la encina o el alcornoque, en lo más alto pero si los bandos se mostraban renuentes o desconfiados, pues abajo, a otra querencia, y de este modo, de árbol en árbol, Paco, el Bajo, iba agotando sus energías, pero ante el señorito Iván, que comenzaba a recelar de él, había que fingir entereza y trepaba de nuevo con prontitud y cuando ya estaba casi arriba, el señorito Iván,

ahí no, Paco, coño, esa encina es muy chica, ¿es que no lo ves?, busca la atalaya como siempre has hecho, no me seas holgazán,

y Paco, el Bajo, descendía, buscaba la atalaya y otra vez arriba, hasta la copa, el cimbel en la mano, pero una mañana,

ahora sí que la jodimos, señorito Iván, olvidé los capirotes en casa,

y el señorito Iván, que andaba ese día engolosinado, que el cielo negreaba de palomas sobre el encinar de las Planas, dijo imperiosamente,

pues ciega al palomo y no perdamos más tiempo,

y Paco, el Bajo,

¿le ciego, señorito Iván, o le armo un capirote con el pañuelo?

y señorito Iván,

¿no me oíste?

y Paco, el Bajo, sin hacerse de rogar, se afianzó en la rama, abrió la navaja y en un dos por tres vació los ojos del cimbel y el pájaro, repentinamente ciego, hacía unos movimientos torpes y atolondrados, pero eficaces, pues doblaban más pájaros que de costumbre y el señorito Iván no se paraba en barras,

Paco, has de cegar a todos los palomos, ¿oyes? con los dichosos capirotes entra la luz y los animales no cumplen,

y así un día y otro hasta que una tarde, al cabo de semana y media de salir al campo, según descendía Paco, el Bajo, de una gigantesca encina, le falló la pierna dormida y cayó, despatarrado, como un fardo, dos metros delante del señorito Iván, y el señorito Iván, alarmado, pegó un respingo,

¡ serás maricón, a poco me aplastas!

pero Paco, se retorció en el suelo, y el señorito Iván se aproximó a él y le sujetó la cabeza,

¿te lastimaste, Paco?

pero Paco, el Bajo, ni podía responder, que el golpe en el pecho le dejó como sin resuello y, tan sólo, se señalaba la pierna derecha con insistencia,

¡Ah, bueno, si no es más que eso!,

decía el señorito Iván, y trataba de ayudar a Paco, el Bajo, a ponerse de pie, pero Paco, el Bajo, cuando, al fin pudo articular palabra, dijo, recostado en el tronco de la encina,

la pierna esta no me tiene, señorito Iván está como tonta,

y el señorito Iván,

¿que no te tiene? ; ¡anda!, no me seas aprensivo, Paco, si la dejas enfriar va a ser peor,  
mas Paco, el Bajo, intentó dar un paso y cayó,

no puedo, señorito, está mancada, yo mismo sentí cómo tronzaba el hueso,

y el señorito Iván,

también es mariconada, coño, y ¿quién va a amarrarme el cimbel ahora con la junta de torcaces que hay en las Planas?

Miguel Delibes, *Los santos inocentes* (1981).

Me llamo barro aunque Miguel me llame.  
Barro es mi profesión y mi destino  
que mancha con su lengua cuanto lame.

Soy un triste instrumento del camino.  
Soy una lengua dulcemente infame  
a los pies que idolatro desplegada.

Como un nocturno buey de agua y barbecho  
que quiere ser criatura idolatrada,  
embisto a tus zapatos y a sus alrededores,  
y hecho de alfombras y de besos hecho  
tu talón que me injuria beso y siembro de flores.

Coloco relicarios de mi especie  
a tu talón mordiente, a tu pisada,  
y siempre a tu pisada me adelanto  
para que tu impasible pie desprecie  
todo el amor que hacia tu pie levanto.

Más mojado que el rostro de mi llanto,  
cuando el vidrio lanar del hielo bala<sup>1</sup>,  
cuando el invierno tu ventana cierra  
bajo a tus pies un gavián de ala,  
de ala manchada y corazón de tierra.  
Bajo a tus pies un ramo derretido  
de humilde miel pataleada y sola,  
un despreciado corazón caído  
en forma de alga y en figura de ola.

Barro en vano me invisto de amapola,  
barro en vano vertiendo voy mis brazos,  
barro en vano te muerdo los talones,  
dándote a malheridos aletazos  
sapos como convulsos corazones.

Apenas si me pisas, si me pones  
la imagen de tu huella sobre encima,  
se despedaza y rompe la armadura  
de arrope bipartido que me ciñe la boca  
en carne viva y pura,  
pidiéndote a pedazos que la oprima  
siempre tu pie de liebre libre y loca.

Su taciturna nata se arracima,  
los sollozos agitan su arboleda  
de lana cerebral bajo tu paso.

---

<sup>1</sup> balar : dar balidos.



Y pasas, y se queda  
incendiando su cera de invierno ante el ocaso,  
mártir, alhaja y pasto de la rueda.

Harto de someterse a los puñales  
circulantes del carro y la pezuña,  
teme del barro un parto de animales  
de corrosiva piel y vengativa uña.

Teme que el barro crezca en un momento,  
teme que crezca y suba y cubra tierna,  
tierna y celosamente  
tu tobillo de junco, mi tormento,  
teme que inunde el nardo de tu pierna  
y crezca más y ascienda hasta tu frente.

Teme que se levante huracanado  
del blando territorio del invierno  
y estalle y truene y caiga diluviado  
sobre tu sangre duramente tierno.

Teme un asalto de ofendida espuma  
y teme un amoroso cataclismo.

Antes que la sequía lo consuma  
el barro ha de volverte de lo mismo.

Miguel Hernández, *El rayo que no cesa* (1936).

JOVEN. [...] De pronto, mientras subía la escalera, vinieron a mi memoria todas las canciones que había olvidado y las quería cantar todas a la vez. (*Se acerca a la Novia.*) ... Las trenzas...

NOVIA. Nunca tuve trenzas.

JOVEN. Sería la luz de la luna. Sería el aire cuajado en bocas para besar tu cabeza.

(*La Criada se retira a un rincón. El Padre se asoma a los balcones y mira con los prismáticos.*)

NOVIA. ¿Y tú no eras más alto?

JOVEN. No.

NOVIA. ¿No tenías una sonrisa violenta que era como una garra sobre tu rostro?

JOVEN. No.

NOVIA. ¿Y no jugabas tú al rugby?

JOVEN. Nunca.

NOVIA. (*Con pasión.*) ¿Y no llevabas un caballo de las crines y matabas en un día tres mil faisanes?

JOVEN. Jamás.

NOVIA. ¡Entonces! ¿A qué vienes a buscarme? Tenías las manos llenas de anillos. ¿Dónde hay una gota de sangre?

JOVEN. Yo la derramaré si te gusta.

NOVIA. (*Enérgica.*) No es tu sangre. ¡Es la mía!

JOVEN. ¡Ahora nadie podrá separar mis brazos de tu cuello!

NOVIA. No son tus brazos, son los míos. Soy yo la que se quiere quemar en otro fuego.

JOVEN. No hay más fuego que el mío. (*La abraza.*) Porque te he esperado y ahora gano mi sueño. Y no son sueño tus trenzas porque las haré yo mismo de tu cabello, ni es sueño tu cintura donde canta la sangre mía, porque es mía esta sangre, ganada lentamente a través de una lluvia, y mío este sueño.

NOVIA. (*Desasiéndose.*) Déjame. Todo lo podías haber dicho menos la palabra sueño. Aquí no se sueña. Yo no quiero soñar... Yo estoy defendida por el tejado.

JOVEN. ¡Pero se ama!

NOVIA. Tampoco se ama. ¡Vete!

JOVEN. ¿Qué dices? (*Aterrado.*)

NOVIA. Que busques otra mujer a quien puedas hacerle trenzas.

JOVEN. (*Como despertando.*) ¡¡No!!

NOVIA. ¿Cómo voy a dejar que entres en mi alcoba cuando ya ha entrado otro?

JOVEN. ¡Ay! (*Se cubre la cara con las manos.*)

NOVIA. Dos días tan sólo han bastado para sentirme cargada de cadenas. En los espejos y entre los encajes de la cama oigo ya el gemido de un niño que me persigue.

JOVEN. Pero mi casa está ya levantada. Con muros que yo mismo he tocado. ¿Voy a dejar que la viva el aire?

NOVIA. ¿Y qué culpa tengo yo? ¿Quieres que me vaya contigo?

JOVEN. (*Sentándose en una silla, abatido.*) Sí, sí, vente.

NOVIA. Un espejo, una mesa estarían más cerca de ti que yo.

JOVEN. ¿Qué voy a hacer ahora?

NOVIA. Amar.

JOVEN. ¿A quién?

NOVIA. Busca. Por las calles, por el campo.

JOVEN. (*Enérgico.*) No busco. Te tengo a ti. Estás aquí, entre mis manos, en este mismo instante, y no me puedes cerrar la puerta porque vengo mojado por una lluvia de cinco años. Y porque después no hay nada, porque después no puedo amar, porque después se ha acabado todo.

NOVIA. ¡Suelta!

JOVEN. No es tu engaño lo que me duele. Tú no eres nada. Tú no significas nada. Es mi tesoro perdido. Es mi amor sin objeto. ¡Pero vendrás!

NOVIA. ¡No iré!

JOVEN. Para que no tenga que volver a empezar. Siento que se me olvidan hasta las letras.

NOVIA. ¡¡No iré!!

JOVEN. Para que no muera. ¿Lo oyes? ¡Para que no muera!

NOVIA. ¡Déjame!

Federico García Lorca, *Así que pasen cinco años* (1931).

Q.- [...] úrgeme refutar vuestros errores respecto de la mujer. Téngola yo por corona de los días laboriosos que uno vive en la inclemencia del destino; sus vestidos son follaje de palmera en toda peregrinación; en toda ardua empresa, su amor es el jardín de la llegada. Si esposa, es fuente tranquila donde os miráis al beber, y cuya agua está eternamente al nivel de vuestra boca. Si doncella, es íntegra llama donde pueden encenderse cuantas otras queráis, sin que por esto se aminore. También yo amé y amo a una beldad por todo concepto extraordinario. Baste deciros que un solo aliento de su boca haría florecer en pleno invierno todos los rosales de Trebizonda. Si la mar no tuviera color, entra ella para bañarse en la mar, y volviérase ésta azul por duplicarse en firmamento para tal estrella. Su alma tiene la claridad del cristal en su pureza; el timbre en su fidelidad; el brillo en su inteligencia; la delicadeza en su sensibilidad; la naturaleza ígnea en su ternura, la apariencia de hielo en su discreción. Y no cristal como quiera, sino vaso veneciano que habría conquistado a fuerza de armas, para un altar, el Emperador de Constantinopla.

H.-Si yo conociera una mujer así, es probable que también amara.

Q.—(*Irguiéndose con jactancia.*) ¿Creéis que yo la conozca o haya conocido? Si la amo, es porque nunca ojo mortal profanó su increíble hermosura.

H.—(*Sofocando una buchada de risa.*) Os felicito, caballero. He ahí un modo de entender el amor, que no estaba en mis libros. Mi filosofa respecto a las tórtolas, es, ahora, la de un gato goloso. Dejarlas volar o comerlas. (Mira de pronto al cielo, y notando que la luna está ya visible de aquel lado, hace una mueca desagradable.) Ahí tenéis a la luna, el astro de los amantes líricos. ¡La luna! ¡Qué inmensa bobería! Cada uno de sus cuartos me produce una jaqueca (increpándola): ¡Eh, imbécil solterona, bolsa de hiel, ripio clásico, ladradero de canes, hostia de botica, cara de feto! (*Apretándose las sienas.*) ¡Uf, qué dolorazo de cabeza!

Q.-Mi alma se llena de poesía con la luna, como el agua de una alberca que fue sombría entre abetos. A ella debo mis más ilustres inspiraciones. Años llevo de contemplarla, siempre propicia a mi amor. Para mí representa la lámpara de la fidelidad.

H.-Hembra es, y como tal, bribona sin remedio.

Q.—(*Poniéndose muy grave.*) Caballero, la luna me filtra en el cerebro fermento de mil hazañas. Vuestros propósitos sobre la mujer, son ciertamente intolerables; y no más que por reduciros a la decisión de las armas, os digo que tomo a la luna por doncella desamparada, y que no permitiré a su respecto ninguna insolencia.

H.—(*Encogiéndose con un tiritamiento enfermizo.*) No desconoceréis, caballero, que os he tolerado a mi vez muchas impertinencias. La medida está colmada. La luna es una calabaza vacía y nada más. Sé bien que quien escupe al cielo, cáele la saliva en la cara. Pero tengo la boca llena como un mamón que echa los dientes, y veo allá un cartel que dice: "Es prohibido escupir en el suelo". (¡Qué gramática!) Así, pues, oh luna, buena pieza, toma (*escupe hacia la luna*) toma (*escupe nuevamente*) toma (*escupe por tercera vez*).

Q.—(*Sacando su tarjeta.*) Mis señas, caballero.

H.- (*Haciendo lo propio.*) Caballero, las mías.

Q.- (*Mirando la cartulina con asombro.*) ¡El Príncipe Hamlet!

H.- (*Leyendo con interés.*) ¡Alonso Quijano!

Leopoldo Lugones (Argentina), « Dos ilustres lunáticos o la divergencia universal », *Lunario sentimental*, 1909.

En Navidad los niños volvieron a pedir un bote de remos.

-De acuerdo -dijo el papá, lo compraremos cuando volvamos a Cartagena.

Totó, de nueve años, y Joel, de siete, estaban más decididos de lo que sus padres creían.

-No -dijeron a coro-. Nos hace falta ahora y aquí.

-Para empezar -dijo la madre-, aquí no hay más aguas navegables que la que sale de la ducha.

Tanto ella como el esposo tenían razón. En la casa de Cartagena de Indias había un patio con un muelle sobre la bahía, y un refugio para dos yates grandes. En cambio aquí en Madrid vivían apretados en el piso quinto del número 47 del Paseo de la Castellana. Pero al final ni él ni ella pudieron negarse, porque les habían prometido un bote de remos con su sextante y su brújula si se ganaban el laurel del tercer año de primaria, y se lo habían ganado. Así que el papá compró todo sin decirle nada a su esposa, que era la más reacia a pagar deudas de juego. Era un precioso bote de aluminio con un hilo dorado en la línea de flotación.

-El bote está en el garaje -reveló el papá en el almuerzo-. El problema es que no hay cómo subirlo ni por el ascensor ni por la escalera, y en el garaje no hay más espacio disponible.

Sin embargo, la tarde del sábado siguiente los niños invitaron a sus condiscípulos para subir el bote por las escaleras, y lograron llevarlo hasta el cuarto de servicio.

-Felicitaciones -les dijo el papá ¿ahora qué?

-Ahora nada -dijeron los niños-. Lo único que queríamos era tener el bote en el cuarto, y ya está.

La noche del miércoles, como todos los miércoles, los padres se fueron al cine. Los niños, dueños y señores de la casa, cerraron puertas y ventanas, y rompieron la bombilla encendida de una lámpara de la sala. Un chorro de luz dorada y fresca como el agua empezó a salir de la bombilla rota, y lo dejaron correr hasta que el nivel llegó a cuatro palmos. Entonces cortaron la corriente, sacaron el bote, y navegaron a placer por entre las islas de la casa.

Esta aventura fabulosa fue el resultado de una ligereza mía cuando participaba en un seminario sobre la poesía de los utensilios domésticos. Totó me preguntó cómo era que la luz se encendía con sólo apretar un botón, y yo no tuve el valor de pensarlo dos veces.

-La luz es como el agua -le contesté: uno abre el grifo, y sale.

De modo que siguieron navegando los miércoles en la noche, aprendiendo el manejo del sextante y la brújula, hasta que los padres regresaban del cine y los encontraban dormidos como ángeles de tierra firme. Meses después, ansiosos de ir más lejos, pidieron un equipo de pesca submarina. Con todo: máscaras, aletas, tanques y escopetas de aire comprimido. [...]

Los padres no dijeron al fin ni que sí ni que no. Pero Totó y Joel, que habían sido los últimos en los dos años anteriores, se ganaron en julio las dos gardenias de oro y el reconocimiento público del rector. Esa misma tarde, sin que hubieran vuelto a pedirlos, encontraron en el dormitorio los equipos de buzos en su empaque original. De modo que el miércoles siguiente, mientras los padres veían *El último tango en París*, llenaron el apartamento hasta la altura de dos brazas, bucearon como tiburones mansos por debajo de los muebles y las camas, y rescataron del fondo de la luz las cosas que durante años se habían perdido en la oscuridad.

En la premiación final los hermanos fueron aclamados como ejemplo para la escuela, y les dieron diplomas de excelencia. Esta vez no tuvieron que pedir nada, porque los padres les preguntaron qué querían. Ellos fueron tan razonables, que sólo quisieron una fiesta en casa para agasajar a los compañeros de curso. El papá, a solas con su mujer, estaba radiante.

-Es una prueba de madurez -dijo.

-Dios te oiga -dijo la madre.

El miércoles siguiente, mientras los padres veían *La Batalla de Argel*, la gente que pasó por la Castellana vio una cascada de luz que caía de un viejo edificio escondido entre los árboles. Salía por los balcones, se derramaba a raudales por la fachada, y se encauzó por la gran avenida en un torrente dorado que iluminó la ciudad hasta el Guadarrama.

Llamados de urgencia, los bomberos forzaron la puerta del quinto piso, y encontraron la casa rebosada de luz hasta el techo. El sofá y los sillones forrados en piel de leopardo flotaban en la sala a distintos niveles, entre las botellas del bar y el piano de cola y su mantón de Manila que aleteaba a media agua como una mantarraya de oro. Los utensilios domésticos, en la plenitud de su poesía, volaban con sus propias alas por el cielo de la cocina. En el cuarto de baño, el televisor de la alcoba principal flotaba de costado, todavía encendido en el último episodio de la película de media noche prohibida para niños.

Al final del corredor, flotando entre dos aguas, Totó estaba sentado en la popa del bote, aferrado a los remos y con la máscara puesta, buscando el faro del puerto hasta donde le alcanzó el aire de los tanques, y Joel flotaba en la proa buscando todavía la altura de la estrella polar con el sextante, y flotaban por toda la casa sus treinta y siete compañeros de clase, eternizados en el instante de hacer pipí en la maceta de geranios, de cantar el himno de la escuela con la letra cambiada por versos de burla contra el rector, de beberse a escondidas un vaso de brandy de la botella de papá. Pues habían abierto tantas luces al mismo tiempo que la casa se había rebosado, y todo el cuarto año elemental de la escuela de San Julián el Hospitalario se había ahogado en el piso quinto del número 47 del Paseo de la Castellana. En Madrid de España, una ciudad remota de veranos ardientes y vientos helados, sin mar ni río, y cuyos aborígenes de tierra firme nunca fueron maestros en la ciencia de navegar en la luz.

Gabriel García Márquez (Colombia), « La luz es como el agua », *Doce cuentos peregrinos*, 1978

En cuanto entra, comprende que está equivocado, que venir a este café era precisamente lo que no le apetecía, que él prefería haber seguido evocando fantasmas de hombres que derramaron sus propios cánceres sobre papeles blancos. Pero ya está allí y la naturaleza adherente del octopus lo detiene. Su pico gritón ha comenzado a cantar. Su rostro blando y múltiple, continuo y siempre y renovado le contempla. Ya ha saludado, ya escucha, ya las ventosas se le adhieren inevitablemente. Ya está incorporado a una comunidad de la que, a pesar de todo, forma parte y de la que no podrá deshacerse con facilidad. Al entrar allí, la ciudad – con una de sus conciencias más agudas – de él ha tomado nota : existe.

Como en una ondarreta promiscua y delectable, acumulando sus cuerpos en el momento más vivaz de la marea en zonas inverosímilmente restringidas, invadiendo unos de otros los espacios vitales, molestos pero satisfechos, aspirando a pesar de la escasez del ámbito a una máxima ocupación de lo ocupable, cada individuo ávido de recepción – emisión mostrando con análoga impudicia la desnudez, ya que no de carnes recalentadas y cocidas sí de teorías, poemas o ingeniosidades críticas, la muchedumbre culta se derrama por aquella restringida playa y más felices que los bañistas que de un único y lejano sol con la intensidad posible gozan, cada uno de ellos era sol para sí y para el resto de los circumdeantes que ininterrumpidamente a sí mismos se admiraban sintiendo un calor muy próximo al del solarío cuando la gama ultravioleta penetra hasta una profundidad de cuatrocientas micras de interioridad corpórea activando provitaminas, capilares y melanóforos dormidos. Pero a diferencia de aquella morfina solar que dulcemente atonta y va incorporando el hombre a la materialidad inerte, la nocturna droga del café literario más bien produce ebullición y estímulo en la maquinaria oculta cuyas ideas un día inquietarán las mentes de los mejores en aulas, colegios, seminarios. Esos pequeños chisporroteos de una luz violácea que, mirando con atención, pueden advertirse en las sienas de los maestros las noches de los sábados y que desde tales plataformas se introducen sin esfuerzo a través de las frentes de jóvenes ojerosos y gárrulos, dejando una señal rosada, son fecundaciones tan necesarias a la marcha del gran carro de la cultura como los juegos de los pólenes que ya llevados por el viento, ya conducidos por vulgares moscardones, ya como en el caso de la orquídea madagascareña en la específica trompa de una mariposa nocturna todavía no clasificada pero cuya longitud en centímetros admite profecía, aseguran una exogamia imprescindible para el caminar continuo de la especie. Y no porque cada maestro (por otra parte por nadie reconocido como maestro) diga a cada discípulo (por otra parte nunca por sí mismo tenido por discípulo) : « Esto has de hacer », « Aprende lo que digo », « No abuses del gerundio », « Nunca obra literaria alguna escribas en que el elemento sexual esté completamente ausente », « Observa la realidad viva de la naturaleza humana en la casa de pensión en que modestamente habitas » con ademán doctrinal y palabra espaciosamente emitida, sino porque al decir frases tales como « Es completamente imbécil », « No tiene ni idea de escribir », « No ha leído a Hemingway », crean un humus colectivo de cuya pasta flora inconscientemente todos se alimentan y así nunca alabando, criticando siempre, desdeñosamente alzando una ceja hasta la altura de la media frente, palmeando aprobadoramente en el hombro del menos dotado de los circunstantes, hablando de fútbol, pellizcando a una estudiante de filosofía, admirando el traje de terciopelo negro y la larga trenza de una cursi aliteraturizada, haciendo un chiste cruel sobre un pintor cojo que se arrastra hacia su mesa, simulando proezas amorosas merced a una hábil reiteración de llamadas telefónicas, tratando con impertinencia apenas ingeniosa al camarero que ha escrito ya siete comedias, haciéndose convidar a café y copa por un provinciano todavía no iniciado, fumando mucho, hablando sin parar y no escuchando, aseguran entre todos la continuidad generacional e histórica de ese vacío con forma de poema o garcilaso que llaman literatura castellana.

Luis Martín-Santos, *Tiempo de silencio* (1962)



-...Lo que me recuerda -dije yo- la historia del malogrado sueco Orest Hanson, el hombre más alto del mundo (en sus días. Hoy la marca que impuso se ve abatida con frecuencia).

En 1892 realizó una meritoria gira por Europa exhibiendo su estatura de dos metros cuarenta y siete centímetros. Los periodistas, con la imaginación que los distingue, lo llamaban el hombre jirafa.

Imaginen. Como la debilidad de sus articulaciones no le permitía hacer casi ningún esfuerzo, para alimentarlo era preciso que algún familiar suyo se encaramara en las ramas de un árbol a ponerle en la boca bolitas especiales de carne molida, y pequeños trozos de azúcar de remolacha, como postre. Otros parientes le ataban las cintas de los zapatos. Otro más vivía siempre atento a la hora en que Orest necesitaba recoger del suelo algún objeto que por descuido, o por su peculiar torpeza, se le escapara de las manos. Orest atisbaba las nubes y se dejaba servir. En verdad, su reino no era de este mundo, y se podía adivinar en sus ojos tristes y lejanos una persistente nostalgia por las cosas terrenales. En el fondo de su corazón sentía especial envidia por los enanos, y se soñaba siempre tratando, sin éxito, de alcanzar los aldabones de las puertas y echando a correr, como en las tardes de su niñez.

Su fragilidad llegaba a extremos increíbles. Mientras iba de paseo por las calles cada paso suyo hacía temer, aun a los transeúntes escandinavos, un aparatoso desplome. Con el tiempo sus padres dieron muestras de ávido pragmatismo (que mereció más de una crítica) al decidir que Orest saliera únicamente los domingos, precedido de su tío carnal, Erick, y seguido de Olaf, sirviente, quien recibía en un sombrero las monedas que las almas sentimentales se creían en la obligación de pagar por aquel espectáculo lleno de gravitante peligro. Su fama creció.

Pero es cierto que no hay dicha completa. Poco a poco en el alma infantil de Orest empezó a filtrarse una irresistible afición por aquellas monedas. Finalmente, esta legítima atracción por el metal acuñado vino a determinar su derrumbe y la razón de su extraño fin, que se verá en el lugar oportuno. Barnum lo convirtió en profesional. Pero Orest no sentía el llamado del arte, y el circo sólo le interesó como fuente de dinero. Por otra parte, su espíritu aristocrático no resistía ni el olor de los leones ni que la gente le tuviera lástima. Dijo adiós a Barnum.

A la edad de diecinueve años medía dos metros cuarenta y cinco. Después vino un receso tranquilizador, y sólo a los veinticinco descubrió su estatura normal de dos cuarenta y siete, que ya no lo abandonó hasta la hora de la muerte. El descubrimiento se produjo así. Invitado a visitar Londres por un gracioso capricho de Sus Majestades Británicas, se dirigió al consulado de Inglaterra en Estocolmo para obtener la visa. El cónsul inglés, como tal, lo recibió sin mayores muestras de asombro, y aun se atrevió a preguntarle por sus señas particulares, y a dudar de que midiera dos metros cuarenta y cinco a la hora de hacer la filiación. Cuando el cartabón reveló que eran dos cuarenta y siete, el cónsul hizo el tranquilo gesto que significa ``Ya lo decía yo''. Orest no dijo nada. Se acercó en silencio a la ventana y desde allí, resentido, contempló durante largos minutos el mar agitado y el cielo azul en calma.

En adelante la curiosidad de los reyes europeos elevó sus ingresos. En poco tiempo llegó a ser uno de los gigantes más ricos del Continente, y su fama se extendió incluso entre los patagones, los yaquis y los etíopes. En aquella revista que Rubén Darío dirigía en París pueden verse dos o tres fotografías de Orest, sonriente al lado de las más encumbradas personalidades de entonces; documentos gráficos que el alto poeta publicó en el décimo aniversario de su muerte, a manera de homenaje tan merecido como póstumo.

De pronto su nombre descendió de los periódicos.

Pero a pesar de todas las maniobras que se han fraguado para mantener en secreto las causas que concurrieron a su inesperado ocaso, hoy se sabe que murió trágicamente en México durante las Fiestas del Centenario<sup>1</sup>, a las que asistió invitado de manera oficial. Las causas fueron veinticinco fracturas que sufrió por agacharse a recoger una moneda de oro (precisamente un "centenario") que en medio de su rastreo entusiasmo patriótico le arrojó el chihuahuense<sup>2</sup> y oscuro Silvestre Martín, esbirro de don Porfirio Díaz<sup>3</sup>.

Augusto Monterroso (Guatemala), "El centenario" (cuento completo), 1953

---

<sup>1</sup> Fiestas del Centenario de la Independencia de México (1910)

<sup>2</sup> originario del Estado de Chihuahua, norte de México

<sup>3</sup> Presidente de México entre 1876 y 1911. Su régimen autoritario fue derrocado por la Revolución mexicana (1910), poco después de las Fiestas del Centenario.

Han pasado ya tres años desde que mi padre ordenó el castigo de la Lupe, por malediciente. El correr del tiempo me va convirtiendo en un hombre y gracias a mi trabajo he sumado conocimientos que no por serme naturales dejan de parecerme prodigiosos: he logrado ver a través de la noche más profunda; mi oído se ha vuelto tan fino como lo puede ser el de una nutria; camino tan sigilosa, tan, si se puede decir, aladamente, que una ardilla envidiaría mis pasos; puedo tenderme en los tejados de los jacales<sup>1</sup> y permanecer allí durante larguísimos ratos hasta que escucho las frases que más tarde repetirá mi boca. He logrado oler a los que van a hablar. Puedo decir, con soberbia, que mis noches rara vez resultan baldías, pues por sus miradas, por la forma en que su boca se estremece, por un cierto temblor que percibo en sus músculos, por un aroma que emana de sus cuerpos, identifico a los que una última vergüenza, o un rescoldo de dignidad, de rencor, de desesperanza, arrastrarán por la noche a las confidencias, a las confesiones, a la murmuración. □ He conseguido que nadie me descubra en estos tres años; que se atribuya a satánicos poderes la facultad que mi padre tiene de conocer sus palabras y castigarlas en la debida forma. En su ingenuidad llegan a creer que ésa es una de las atribuciones del demonio. Yo me río. Mi certeza de que él es el diablo proviene de razones más profundas. □ A veces, sólo por entretenerme, voy a espiar a la choza de Jesusa. Me ha sido dado contemplar cómo su duro cuerpecito se entreteje con la vejez de mi padre. La lubricidad de sus contorsiones me trastorna. Me digo, muy para mis adentros, que la ternura de Jesusa debía dirigirse a mí, que soy de su misma edad, y no al maligno, que hace mucho cumplió los setenta. □ En varias ocasiones ha estado aquí el doctor. Me examina con pretenciosa inquietud. Se vuelve hacia mi padre y con voz grave y misericordioso declara que no tengo remedio, que no vale la pena intentar ningún tratamiento y que sólo hay que esperar con paciencia la llegada de la muerte. Observo cómo en esos momentos el verde se torna más claro en los ojos de mi padre. Una mirada de júbilo (de burla) campea en ellos y ya para esos momentos no puedo contener una estruendosa risotada que hace palidecer de incomprensión y de temor al médico. Cuando al fin se va éste, el siniestro suelta también la carcajada, me palmea la espalda y ambos reímos hasta la locura. □ Está visto que de entre los muchos infortunios que pueden aquejar al hombre, los peores provienen de la soledad. Siento cómo ésta trata de abatirme, de romperme, de introducirme pensamientos. Hasta hace un mes era totalmente feliz. Las mañanas las entregaba al sueño; por las tardes correteaba en el campo, iba al río o me tendía boca abajo en el pasto esperando que las horas sucedieran a las horas. Durante la noche oía. Me era siempre doloroso pensar y evitaba hacerlo. Ahora, con frecuencia se me ocurren cosas y eso me aterra. Aunque sé que no voy a morir, que el médico se equivoca, que en el Refugio necesita haber siempre un hombre, pues cuando muere el padre el hijo ha de asumir el mando: así ha sido desde siempre y las cosas no pueden ya ocurrir de otra manera (por eso mi padre y yo, cuando se afirma lo contrario, estallamos de risa). Pero cuando solo, triste, al final de un largo día comienzo a pensar, las dudas me acongojan. He comprobado que nada sucede fatalmente de una sola manera. En la repetición de los hechos más triviales se producen variantes, excepciones, matices. ¿Por qué, pues, no habría de quedarse la hacienda sin el hijo que sustituya al patrón? Una inquietud peor se me ha incrustado en los últimos días, al pensar que es posible que mi padre crea que voy a morir y su risa no sea, como he supuesto, de burla hacia la ciencia, sino producida por el gozo que la idea de mi desaparición le produce, la alegría de poder librarse al fin de mi voz y mi presencia. Es posible que los que me odian le hayan llevado al convencimiento de mi locura...

En la capilla que los Ferri poseen en la iglesia parroquial de San Rafael hay una pequeña lápida donde puede leerse:

Victorio Ferri □  
murió niño □  
su padre y hermana lo recuerdan con amor.

Sergio Pitol (México), “Victorio Ferri cuenta un cuento”, *Tiempo cercado*, 1959

---

<sup>1</sup> Jacales : chozas reservadas a los criados

## Un tenedor de libros

Este es un tenedor de libros, bueno ;  
un inglés muy pacífico, que mira  
distráido el amor... Frente a mi mesa  
él trabaja consciente. –Es la oficina  
de una entidad británica, severa,  
donde pagan ¡mis números! con libras...

Hay un claro de sol sobre la testa  
del inglés y él lo siente y se suaviza  
aquel mirar tan mercantil que tienen  
los ojos grises... pero no termina  
la operación de cálculos, que sigue  
la recta ruta, bajo el sol, precisa...

Todos trabajan menos yo, que miro :  
¡mi alma en todo minuto está propicia!  
Y este es el mal de mi futuro de hombre.  
¡Esta es mi enfermedad desconocida!...  
El inglés ha parado, por fumarse  
un cigarrillo de opio ; una sonrisa  
tiene en los labios y una gracia inglesa  
me dice en tanto el cigarrillo lía...

Y entonces, la discreta entonación  
de este adorable mister, finaliza,  
y al verme como ayer, puestos los ojos  
en lugar diferente al que me obligan,  
clama : - ¡Senor poeta, muchas nubes  
para ganar con claridad la vida !...

¡Pero me cuenta de la Amada, lejos,  
en los fríos hogares !...

## Una cita

de patriotismo, que orgulloso siente  
su corazón, todo teneduría...  
Y mi alma puesta en ocasión de plática  
al alma inglesa a platicar invita,  
con la recodación de aquella aurora  
en la que alondra y ruiseñor porfían...  
Y el entusiasmo del inglés florece,  
como una flor exótica, divina,  
que sólo han visto nuestros buenos ojos,  
en un caliente invernadero, un día...

Alonso Quesada<sup>1</sup>, *El lino de los sueños* (1915).

---

<sup>1</sup> Nace y muere en Las Palmas de Gran Canaria (1886-1925). La presencia mercantil, económica y cultural de Gran Bretaña fue muy importante en las islas en esas fechas.

Cerré el libro que hablaba  
de esencias, de existencias, de sustancias,  
de accidentes y modos,  
de causas y de efectos,  
de materia y de forma,  
de conceptos e ideas,  
de númenos, fenómenos,  
cosas en sí y en otras, opiniones,  
hipótesis, teorías...

Cerré el libro y abrióse  
a mis ojos el mundo.

Traspuesto había el sol ya la colina ;  
en el cielo esmaltábanse los álamos  
y nacían entre ellos las estrellas ;  
la luna enjalbegaba el firmamento,  
cuyo fulgor difuso  
en las aguas del río se bañaba.

Y mirando a la luna, a la colina,  
las estrellas, los álamos,  
el río y el fulgor del firmamento  
sentí la gran mentira  
de esencias, de existencias, de sustancias,  
de accidentes y modos,  
de causas y de efectos,  
de materia y de forma,  
de conceptos e ideas,  
de númenos y fenómenos,  
cosas en sí y en otras, opiniones,  
hipótesis, teorías ;  
esto es : palabras.

Sobre el libro cerrado  
que yacía en la yerba  
por la luna su pasta iluminada,  
mas su interior a oscuras,  
descansaba una rana  
que iba rondando su nocturna ronda.  
¡Oh, Kant, cuánto te admiro!

Miguel de Unamuno, *Rimas de adentro* (1923).

*La novela narra la caída del dictador sudamericano Santos Banderas, que dirige la región ficticia de Santa Fe de Tierra firme de modo despótico y cruel manteniéndose en el poder gracias al terror y a la opresión.*

I

—¡Chac! ¡Chac!

El Tirano, cauto, receloso, vigila las defensas, manda construir fajinas y parapetos, recorre baluartes y trincheras, dicta órdenes:

—¡Chac! ¡Chac!

Encorajinándose con el poco ánimo que mostraban las guerrillas, jura castigos muy severos a los cobardes y traidores: le contraría fallarse de su primer propósito que había sido caer sobre la ciudad revolucionada y ejemplarizarla con un castigo sangriento. Rodeado de sus ayudantes, con taciturno despecho, se retira del frente luego de arengar a las compañías veteranas, de avanzada en el Campo de la Ranita:

—¡Chac! ¡Chac!

II

Antes del alba se vio cercado por las partidas revolucionarias y los batallones sublevados en los cuarteles de Santa Fe. Para estudiar la postura y maniobra de los asaltantes subió a la torre sin campanas. El enemigo, en difusas líneas, por los caminos crepusculares, descubría un buen orden militar. Aún no estrechaba el cerco, proveyendo a los aproches con paralelas y trincheras. Advertido del peligro, extremaba su mueca verde Tirano Banderas. Dos mujerucas raposas cavaban con las manos en torno del indio soterrado hasta los ijares en la campa del convento:

—¡Ya me dan por caído esas comadritas! ¿Qué hacés vos, centinela pendejo?

El centinela apuntó despacio:

—Están mal puestas para enfilearlas.

—¡Ponle al cabrón una bala y que se repartan la cuera!

Disparó el centinela, y suscitóse un tiroteo en toda la línea de avanzadas. Las dos mujerucas quedaron caídas en rebujo, a los flancos del indio, entre los humos de la pólvora, en el aterrorizado silencio que sobrevino tras la ráfaga de plomo. Y el indio, con un agujero en la cabeza, agita los brazos, despidiendo a las últimas estrellas. El Generalito:

—¡Chac! ¡Chac!

Ramón del Valle-Inclán, *Tirano Banderas*, 1926.

UNA VOZ ¿A quién ladras, Carmelo?

OTRA VOZ Alguien ronda.

OTRA VOZ Será un caminante extraviado.

OTRA VOZ Será algún can sin dueño.

EL CABALLERO ¿Este pinar, es el Pinar del Rey?

UNA VOZ Así le dicen... Mas agora es de nosotros, los que aquí nos procuramos guarida en una noche tan fiera.

EL CABALLERO ¿Habrá sitio para mí?

UNA VOZ ¡Y holgado!

EL CABALLERO ¿La campana que tocaba poco hace, era la de Andrés?

UNA VOZ La campana choca de Andrés.

*El Caballero se guarece con aquellos mendigos que van en caravana a una romería. Racimo de gusanos que se arrastra por el polvo de los caminos y se desgrana en los mercados y feriales de las villas, salmodiando cuitas y padrenuestrós. En todos los casales los conocen, y ellos conocen todas las puertas de caridad: Son siempre los mismos: El Manco de Gondar; el Tullido de Céltigos; Paula la Reina, que da de mamar a un niño; Andreíña la Sorda; Dominga de Gómez; el Manco Leonés; el Señor Cidrán el Morcego y la Mujer del Morcego. Se oye muy lejos otra campana.*

EL CABALLERO Parece la Monja de Belvis.

EL MORCEGO ¡Cómo la ha conocido!

LA MUJER DEL MORCEGO Muy fácil que sea de allí. Dispense la pregunta: ¿Usted es de allí?

EL CABALLERO ¿No me conocéis? Soy Don Juan Manuel Montenegro.

EL MORCEGO Por muchos años.

EL TULLIDO DE CÉLTIGOS Estábamelo pareciendo.

DOMINGA DE GÓMEZ Yo, dende que habló le conocí.

EL CABALLERO ¿A qué distancia estamos de Flavia-Longa?

EL MORCEGO Cosa de una legua.

LA MUJER DEL MORCEGO Di también tres, Morcego.

EL CABALLERO La noche es tan oscura que no reconozco el camino.

EL MANCO DE GONDAR Ya cantó el cuco, y pronto amanecerá Dios.

EL MANCO LEONÉS Noble Caballero, aquí tiene acomodo donde estará más resguardado del viento y de la lluvia.

LA MUJER DEL MORCEGO Apártate, Andreíña, y deja sitio al Señor Don Juan Manuel.

ANDREÍÑA LA SORDA ¿Quién dices?

LA MUJER DEL MORCEGO El señor de la casa grande de Flavia-Longa.

ANDREÍÑA LA SORDA Ayer, por el camino de Bealo, iban diciendo que la señora entregará el alma a Dios.

LA MUJER DEL MORCEGO ¡Ave María!... Si aquí está presente el señor.

EL CABALLERO Voy a su entierro... Con la esperanza de verla aún con vida, acabo de desembarcar en esa playa.

LA MUJER DEL MORCEGO Y con vida la encontrará, señor. ¡Muy bien puede salir engaño cuanto cuenta Andreíña!

EL MORCEGO Como es sorda nunca está al cabo de lo que pasa por el mundo.

DOMINGA DE GÓMEZ ¡Y hay mucha gente divertida que le dice engaños porque luego ella los vaya pregonando!

ANDREÍÑA LA SORDA El Ciego de Gondar díjome que tenía pensado llegarse a Flavia-Longa.

EL MORCEGO Si es cuento del Ciego de Gondar, será mentira.

ANDREÍÑA LA SORDA Habrá reparto de limosna en la casa grande, y más atrapará un pobre allí que en Santa Baya. Yo también hago pensamiento de llegarme por aquellas puertas, que siempre fueron de mucha caridad.

EL CABALLERO Y seguirán siéndolo. Habrá limosna para todos los que lleguen a ellas.

ANDREÍÑA LA SORDA Lo ha dejado en una manda la difunta señora, porque sus culpas le sean perdonadas.

EL CABALLERO ¡No son sus culpas las que necesitan perdón, son las mías! Todo el maíz que haya en la troje se repartirá entre vosotros. Es una restitución que os hago, ya que sois tan miserables que no sabéis recobrar lo que debía ser vuestro. Tenéis marcada el alma con el hierro de los esclavos, y sois mendigos porque debéis serlo. El día en que los pobres se juntasen para quemar las siembras, para envenenar las fuentes, sería el día de la gran justicia... Ese día llegará, y el sol, sol de incendio y de sangre, tendrá la faz de Dios. Las casas en llamas serán hornos mejores para vuestra hambre que hornos de pan. ¡Y las mujeres, y los niños, y los viejos, y los enfermos, gritarán entre el fuego, y vosotros cantaréis y yo también, porque seré yo quien os guíe! Nacisteis pobres, y no podréis rebelaros nunca contra vuestro destino. La redención de los humildes hemos de hacerla los que nacimos con ímpetu de señores cuando se haga la luz en nuestras conciencias. ¡En la mía se hace esa luz de tempestad! Ahora, entre vosotros, me figuro que soy vuestro hermano y que debo ir por el mundo con la mano extendida, y como nací señor, me encuentro con más ánimo de bandolero que de mendigo. ¡Pobres miserables, almas resignadas, hijos de esclavos, los señores os salvaremos cuando nos hagamos cristianos!

*La hueste de mendigos se conmueve con un largo murmullo semejante al murmullo del rezo con que pide limosna por las puertas.*

Ramón del Valle Inclán, *Romance de lobos* (1908).

Nunca desayunaré en Tiffany<sup>1</sup>  
ese licor fresa en ese vaso  
Modigliani como tu garganta  
nunca  
aunque sepa los caminos  
llegaré  
a ese lugar del que nunca quiera  
regresar

una fotografía, quizá  
una sonrisa enorme como una ciudad  
atardecida, malva el asfalto, aire  
que viene del mar  
y el barman  
nos sirve un ángel blanco, aunque  
sepa los caminos nunca encontraré  
esa barra infinita de Tiffany  
el juke-box  
donde late el último Modugno<sup>2</sup> *ad*  
*un attimo d'amore che mai piu ritornera*<sup>3</sup>...

y quizá todo sea mejor así, esperado

porque al llegar no puedes volver  
a Itaca, lejana y sola, ya no tan sola,  
ya paisaje que habitas y usurpas

nunca,  
nunca quiero desayunar en Tiffany, nunca  
quiero llegar a Itaca aunque sepa los caminos

lejana y sola.

Manuel Vázquez Montalbán, *Una educación sentimental* (1967)

---

<sup>1</sup> *Breakfast at Tiffany's*, película de Blake Edwards, es de 1961.

<sup>2</sup> Domenico Modugno (1928 -1994) : cantautor, compositor, guitarrista y actor italiano. Triunfó en el Festival de San Remo de 1958 con «Nel blu dipinto di blu» (más conocida como «Volare»).

<sup>3</sup> «Un momento de amor que no volverá jamás ». Verso final de la letra de «Vecchio frack» (1958).